

Cerdo rostizado y otros ensayos

CHARLES LAMB

*Cerdo rostizado
y otros ensayos*



*F*ICTICIA
EDITORIAL

MÉXICO, 2015

Esta publicación fue realizada con el estímulo del Programa de Apoyo a la Traducción (PROTRAD) dependiente de instituciones culturales mexicanas.

CERDO ROSTIZADO Y OTROS ENSAYOS

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Primera edición: mayo 2015

Traducción: Elizabeth Flores

En portada: Giuseppe Arcimboldo, *El cocinero*, 1570

FICTICIA EDITORIAL

Editora: Mónica Villa

Director de la colección: Javier García-Galiano

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Cotejo y cuidado de la edición: Nicolás Mutchinick Babinsky

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard, Humberto Schettino

Magnolia 11, Col. San Angel Inn, C.P. 06060, México, D.F.

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-056-8

Impreso y hecho en México

Contenido

Nota sobre la traducción.....	9
-------------------------------	---



Tesis sobre el cerdo rostizado.....	11
-------------------------------------	----

La víspera de año nuevo	25
-------------------------------	----

Sobre la galantería moderna.....	39
----------------------------------	----

Bendición antes de la carne	49
-----------------------------------	----

Las dos razas de hombres.....	65
-------------------------------	----

Un capítulo sobre el oído	79
---------------------------------	----

En alabanza de los limpiachimeneas	91
--	----

La antigua porcelana china	107
----------------------------------	-----

Pensamientos aislados sobre los libros y las lecturas	119
Confesiones de un borracho	133
Falacias populares	149

Nota sobre la traducción



Los ensayos de Charles Lamb antologados y traducidos bajo el título de *Cerdo rostizado y otros ensayos* se publicaron a partir de 1820, en la *London Magazine*. Más tarde Lamb incluyó una selección de sus artículos en los tomos: *Essays of Elia* (1823) y *The Last Essays of Elia* (1833), seudónimo con el que solía firmar sus escritos.

En todos los ensayos se privilegió el fondo sobre la forma en su traducción al español contemporáneo, y se puntualizaron en lo posible las pocas citas a las que se refiere Charles Lamb en cada uno de sus escritos.

LA EDITORA

*Tesis sobre el cerdo
rostizado*



LA HUMANIDAD, dice un manuscrito chino que mi amigo M.¹ tuvo la bondad de leerme y explicarme, comió carne cruda durante los primeros setenta mil años, arrancándola y mordiéndola de los animales vivos, igual que hacen hoy en día en Abisinia. El gran Confucio insinúa oscuramente este período en el segundo capítulo de sus *Mutaciones mundanas*, en el que designa una suerte de edad de oro con el término *Cho-fang*, que literalmente se traduce como vacaciones del cocinero. El manuscrito continúa diciendo que el arte de rostizar o, más bien, asar —que imagino será el hermano mayor de aquel— se descubrió accidentalmente de la siguiente manera. Los Ho-ti, una tribu cuidadora de cerdos, fueron una mañana al bosque como

1. Thomas Manning, amigo cercano de Lamb.

era su costumbre en busca de bellotas para sus cerdos. Dejaron en su choza al hijo mayor, Bo-bo, un niño grande y torpe, al que le gustaba jugar con fuego, como suele suceder entre los chicos de esa edad. Bo-bo dejó que unas chispas se le escaparan y cayeran sobre un bulto de paja que se incendió rápidamente; el fuego se diseminó por su pobre mansión hasta que la redujo a cenizas. Junto con la choza —un triste e improvisado edificio antediluviano— pereció lo más importante que poseían: una buena camada de cerdos recién nacidos, nada menos que nueve. Los cerdos de China, según hemos podido leer, se consideran como un lujo en el Este desde tiempos remotos. Bo-bo estaba de lo más preocupado como podrán imaginarse, no tanto por la choza, que su padre podría volver a construir en cualquier momento con unas pocas varas secas y una o dos horas de trabajo, sino por la pérdida de los cerdos. Mientras pensaba qué le diría a su padre, frotaba sus manos sobre los restos humeantes de las pobres víctimas y un aroma asaltó sus fosas nasales, distinto a los olores que antes había experimentado. ¿De dónde podía venir? No venía de la choza quemada, ya había olido eso antes, por supuesto; este no era el primer accidente de ese tipo ocurrido gracias a la negligencia de este desafortunado joven instigador de fuegos. Y menos parecía el aroma de alguna yerba, maleza o flor. Al mismo tiempo, una humedad premonitoria inundó su labio inferior. No sabía qué pensar. A continuación se agachó para sentir al cerdo, para ver si mostraba algún sig-

no de vida. Se quemó los dedos y para enfriarlos los metió, de modo torpe, en su boca. Algunos pedacitos de la piel quemada quedaron pegados a sus dedos y, por primera vez en su vida —en la vida del mundo, ciertamente, pues antes que él ningún humano lo había hecho—, probó ichicharrón! De nuevo, tocó y manoseó al cerdo. No se quemó tanto en esta ocasión; de todas formas se lamió los dedos por costumbre. Después de un rato, la verdad penetró en su lento entendimiento: era el cerdo lo que olía y sabía tan delicioso. Rindiéndose ante este nuevo placer, comenzó a arrancar con las manos pedazos de la piel quemada todavía con la carne adherida y, mientras se los embutía en la boca de forma salvaje, apareció su señor por entre las vigas humeantes, armado con un garrote y, viendo la situación, lanzó una lluvia de golpes sobre los hombros del joven granuja, tan tupida como el granizo, a la cual Bo-bo prestó tan poca atención como si fueran moscas. El hormigueante placer que experimentaba en sus regiones bajas lo había vuelto insensible a cualquier inconveniente que pudiera sentir en esos alejados cuartos. Su padre continuaba, pero no logró alejarlo de su cerdo hasta que, a punto de acabárselo, volviéndose un poco más sensible de la situación, siguió algo parecido a un diálogo.

—Criatura malagradecida, ¿qué es lo que estás devorando? ¿No es suficiente que me hayas quemado tres casas con tus trucos de perro, sino que además ahora comes fuego y no sé qué más....¿Qué tienes ahí?

—Oh, padre, el cerdo, el cerdo, ven y prueba que agradable sabe el cerdo quemado.

Las orejas de Ho-ti hormigueaban de horror. Maldijo a su vástago y a sí mismo por haber tenido un hijo capaz de comer cerdo quemado.

Bo-bo, cuyo sentido se había refinado desde la mañana, pronto sacó otro cerdo, lo partió a la mitad con sus manos y lanzó con fuerza la mitad más pequeña a los puños de Ho-ti, gritando:

—Come, come, come cerdo quemado, padre, sólo Pruébalo, oh Dios —sin dejar por un instante de embutirse bárbaros pedazos, como si quisiera atragantarse.

Las coyunturas de Ho-ti temblaban al agarrar esa cosa abominable y, mientras dudaba de si debería matar a su hijo por ser un joven monstruo antinatural, el chicharrón le quemó los dedos como lo había hecho con los de su hijo y, al aplicarles el mismo remedio, probó algo de su sabor. Aunque procuró hacer gestos de asco, resultó que no le pareció del todo desagradable. En conclusión —pues en esta parte el manuscrito se vuelve un poco tedioso—, tanto padre como hijo se sentaron en medio del desastre y no pararon hasta que terminaron con lo que quedaba de la camada.

Bo-bo estaba seriamente decidido a no dejar que el secreto se supiera, pues, sin duda, los vecinos los habrían apedreado como a un par de animales abominables por creer que podrían mejorar la carne que Dios les había enviado. Aún así, circulaban historias extrañas. Se dieron cuenta de que la choza de los Ho-ti

se quemaba con más frecuencia que nunca. Desde ese momento sólo hubo incendios. Algunos empezaban en pleno día, otros durante la noche. Tan pronto como la cerda daba a luz, era seguro que la casa de los Ho-ti ardería en llamas. Y lo más sorprendente era el propio Ho-ti que, en vez de castigar a su hijo, cada vez era más indulgente con él. Los observaron por mucho tiempo hasta que se descubrió el terrible misterio y padre e hijo fueron convocados para ser juzgados en Pekín, en ese entonces un pueblo judicial de poca importancia. Se presentó la evidencia: la desagradable comida se mostró en el juzgado y, justo cuando se iba a pronunciar el veredicto, el presidente del juzgado pidió que se le llevara un poco del cerdo quemado, por el cual se culpaba a los acusados. Lo agarró; los miembros del juzgado hicieron lo mismo y se quemaron los dedos igual que Bo-bo y su padre antes, y con la naturaleza alentando a cada uno al mismo remedio, contra todas las pruebas que enfrentaban, y con los cargos más claros que el juez jamás hubiera presentado, para sorpresa de la corte, de la gente del pueblo, de los extranjeros, de los reporteros y de los que estaban presentes, sin recluirse para deliberar, sin discusión alguna, dieron el mismo veredicto de “inocente”.

El juez, que era un hombre astuto, se estremeció ante la manifiesta inmoralidad de la decisión, pero una vez que se despejó la corte, fue y compró con sigilio los cerdos que se podían conseguir por amor o por dinero. En pocos días, la casa de su señoría se vio en llamas. La

cosa tomó vuelo y ahora no se veía otra cosa más que incendios por todos lados. El combustible y los cerdos se volvieron lo más valioso del distrito. Las oficinas de seguros quebraron. La gente construía paredes más y más delgadas cada día hasta que se temió que, en breve, la propia ciencia de la arquitectura se perdería del mundo. Así continuó esta costumbre de incendiar casas hasta que, con el paso del tiempo, dice mi manuscrito, surgió un sabio, como nuestro Locke, quien descubrió que la carne del cerdo o, de hecho, la de cualquier otro animal, podía cocinarse —quemarse, como ellos lo llamaban— sin la necesidad de consumir en llamas una casa para lograrlo. Después vino la burda usanza de la parrilla. Rostizar con una cuerda o con una vara atravesada llegaría uno o dos siglos después, no recuerdo durante la dinastía de quién. De esta manera gradual, concluye el manuscrito, las más útiles y las más obvias de las artes se hacen camino a través de la humanidad.

Sin poner una fe demasiado ciega en el recuento anterior, debemos estar de acuerdo en que si en favor de cualquier objetivo culinario hubiera un pretexto digno para hacer experimentos tan peligrosos como incendiar casas, especialmente en estos días, ese pretexto y excusa se puede encontrar en el cerdo rostizado.

De las delicias en el *mundus edibilis*,² mantengo que es la más deliciosa: *princeps obsoniorum*.³

2. El mundo de la comida.

3. Plato principal que se come con pan, como la carne.



«CERDO ROSTIZADO Y OTROS ENSAYOS»

DE CHARLES LAMB

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 10 DE MAYO (NO TIENE CASO
COMENTAR ESTO) DE 2015 EN LOS TALLERES DE EDICIONES MY
MS. DE R.L. DE C.V., CONRADO PELAYO NÚM. 33 COL. TLAHUAC,
MÉXICO, D.F. C.P. 13200

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.